

Tempestad artificial

Víctor Moraz



Capítulo 1

El momento, de eso se trataba todo, rendirse al instinto primario que clamaba por salir, y saciar a la vez algo tan placentero para el ser humano, como resulta ser la venganza. Cada grito, cada súplica que llegaba hasta sus oídos rehabilitaba sus exhaustos músculos, los cuales de igual manera clamaban con cada golpe. Sus manos teñidas de rojo goteaban las sabanas cada que se tomaba un par de segundos para tomar un respiro, dándole oportunidad al hijo de la chingada que suplicara piedad. Cosa resultaba más que divertida, pues con toda seguridad el cabrón debió de haberse encontrado cientos de veces del otro lado. Sin olvidar que el muy imbécil intento amenazarla en un principio, como si de verdad el muy estúpido pensara que cualquier cosa que pudiera decir iba resultar teniéndole atado, y con su propia arma apuntándole la entre pierna.

-No creas que sepas usarla-dijo al asesino de su hija, luego de contemplar el arma colocando el cañón en el miembro del maldito violador, el cual no pudo contener una erección desatando una amarga carcajada por parte de Estela-tampoco esta-golpeo con suavidad al inoportuno invitado

-noo-chillo el escuincle antes de que un potente PUM!!! resonará en la habitación del motel.

Como un cerdo al ser degollado, eso fue lo que le pareció el chillido que salió del violador de su hija cuando voló la mitad de su miembro dándole un aspecto que al igual que su lamento termino por recordarle un producto derivado del puerco, o más bien un platillo que Estela conocía como salchipulpo. Apaciguo los lamentos del mocosito metiéndole a la boca sus propios calcetines, su cuerpo entero luchaba por zafarse de las ataduras, retorciéndose en la cama, soltando ahogadas injurias y lamentos, tiñendo de rojo las sabanas con la sangre que continuaba escurriendo de su entre pierna.

-¿pur uqe?-pregunto sollozante con unas ahogadas y sollozantes palabras que a duras penas resultaban entendibles

-estamos en México-dijo Estela recordando las mismas palabras que años atrás había escuchado al clamar justicia por el infeliz destino de su única hija.

Tres años hacía que Lorena apareció tirada a una calle de la secundaria de San Jacinto. Unos cuantos alumnos que se dirigían al recinto la encontraron dentro de una coladera que se encontraba a un costado de un pequeño puente a menos de 70 metros de la escuela, llevaba dos días desaparecida. Su hermano menor, Saúl, el más chico de sus hijos, tendría la amarga fortuna de encontrar a su desaparecida hermana, al acercarse

invariablemente atraído por la multitud que se congregaba en borde derecho del puente. Diecisiete años tenía su pequeña, los cuales recién había cumplido dos meses atrás, estudiante del quinto semestre de preparatoria, Lorena había salido el sábado anterior para festejar el cumpleaños de una compañera. La cual diría después que ni siquiera se había presentado, cosa que se desmentiría con el testimonio de otros, además de un par de fotos en las que llegaría a aparecer su hija. Claro que eso no cambiaría en nada la cosas, ¿y qué si la anfitriona dijo que Lorena no había asistido? Sencillamente se equivocó, pues además de contar con una considerable cantidad de invitadas, ella y Lorena estaban lejos de ser consideradas amigas, tampoco existía rivalidad o desgrado alguno, pero como siempre ocurría en aquellos casos, la mayoría de la gente prefería mantenerse tan alejados como les fuera posible. Claro que como parte de un perfecto equilibrio, también se encontraban los bocas flojas, y los secretos a voces que siempre terminaban brindando una difusa pero certera historia de lo ocurrido. La cual solo unos cuantos se atreverían a poner en duda, aunque más que nada por temor a quien los pudiera estar escuchando o simplemente porque según su creencia, si algo les había pasado era porque sin lugar a dudas debían de merecerlo. Estos últimos eran los que más molestaban a Estela, incluso más que los cobardes, después de todo Estela había formado parte de ellos durante largo tiempo, aún después del ultraje cometido contra su hija, y consciente de quienes fueron los perpetradores, permaneció como el resto, inerte, sin hacer nada mientras veía su hijo mayor perderse lentamente hasta ser un extraño que termino por ser cómplice de los asesinos de su hermana. El más joven de sus niños había salido del pueblo apenas tuvo la oportunidad, y años suficientes para buscar una vida mejor, lejos de la tragedia que parecía estar ensañada con su familia.

El padre de sus hijos, si es que se le podía llamar así, había decido abandonar a su familia once años atrás para formar una nueva con la que parecía estar mucho más satisfecho, pues el tiempo solo fue ensanchando la relación de este con su primer familia a tal punto que no solo no estuvo inmiscuido en la fiesta de quince años de su única hija, sino que hasta se limitó a aparecer únicamente durante veinte minutos en el funeral de Lorena, y únicamente para ofrecer pagar todo lo relacionado con el sepelio. Oferta que Estela declinaria con tanta delicadeza como le fue posible, no quería montar un espectáculo en algo que sin lugar a dudas hasta cierto punto lo era, rechazo que enfurecería a un ofendido padre (o así era como pretendía hacerse llamar él) que la culparía por lo ocurrido antes de abandonar el lugar sin siquiera mencionar a Gustavo o Saúl. Cosa que agrado a Estela más de lo se atrevería a admitir, seguía doliendo ver al hombre con el que solía compartir sueños y desilusiones, con el que estaba segura compartiría la vida, mostrar nulo interés en lo que era de ella, o el par restante de su familia por los que ni siquiera tuvo la cortesía de preguntar. Dejaron de ser sus hijos hace años, pensaba al ver como se abría paso entre la multitud el hombre que se atrevía a hacerse llamar el

padre de su niña.

Ni ella o sus hijos volverían a saber del antiguo integrante de su familia en los cuatro años que siguieron a la muerte de Lorena, ni siquiera cuando el más pequeño de sus hijos partió (sin saber muy bien a donde) buscando alejarse de aquel maldito lugar

El tiempo también terminaría distanciando a sus hijos, cuando menos entre ellos. Dos individuos formados por las dos mismas mitades opuestas que durante sus primeros años parecían haber sacado lo mejor de ambos padres, compartiendo infinidad de afinidades, además de la irremediable admiración del más pequeño de la casa por su hermano mayor, terminaron por convertirse en la oposición absoluta de lo que el otro representaba, sobre todo Saúl que como parte de su despedida le informo que, para él, ella era el único miembro de su vida que continuaba con vida. Cometario que la hirió tanto como si le hubiera dicho que ella estaba incluida en su lista de perdidas familiares. Su familia estaba conformada por un trío de extraños unidos por la sangre, divididos por lo completa incompatibilidad derivada de una trágica historia que estaba lejos de ser algo único en aquellos tiempos en que los casos como el de su hija eran el pan de cada día en el país entero. Bastaba con ver lo que le paso a la muchacha de su comadre, cuyo final (junto con la partida de su pequeño) termino por disuadirla para hacer lo que las autoridades deberían de haber hecho. O, lo que en su opinión debía de hacerse con la escoria como en la que se había convertido el único hijo que permanecía a su lado.

Al tenerlo frente a ella, mutilado, y con un rostro aún más hinchado de lo que había estado que el de Lorena al ser encontrada, Estela imagino por un segundo a Gustavo en esa cama, atado, golpeado hasta a la muerte por una madre que al igual que ella clamaba por la justicia que las leyes le habían negado. La idea la hizo llorar, más aún al pensar que con toda seguridad el castigo que pudiera llegar a recibir su muchacho sería más que merecido. Tal como el hijo de la chingada que suplicaba, o eso le parecía ella, con unas inentendibles palabras silenciadas por un enrojecido calcetín. Cuatro años, y un poco más, desde que había sepultado a su hija tuvieron que pasar antes de conseguir lo que su corazón tanto deseaba (aunque ella lo ignoró por largo tiempo), para encontrar algo de paz. No solucionaba el resto de sus problemas desde luego, ni mucho menos iba a traer de vuelta de la tumba a Lorena, sin embargo, desde que había comenzado a maquilar en su cabeza la mejor manera de acercarse, y acabar con la vida del asesino de su hija, sintió una pizca de algo olvidado en los últimos años, un sentimiento que parecía haberse extinguido centurias atrás. Viva, era la palabra que podía resultar más certera para describir lo que comenzó a experimentar en el momento en que la idea se formó en su cabeza. Sensación que se incrementaba al tener al infeliz asesino de su hija entre sus manos, a ese hijo de la chingada que la gente decía era intocable. Un completo disparate desde luego, con dinero o sin él, miembro de una familia poderosa y repleto de conocidos (porque con

ellos no existían los amigos) igualmente influyentes que solían sacarlo de algún apuro, no podía hacer nada contra ella, y el momento de su venganza. Se darían cuenta sin lugar a dudas, con toda probabilidad ella aparecería en un par de días con un aspecto mucho más deplorable que el que presentaría el violador frente a ella. No temía a las consecuencias, ni siquiera le preocupan, solo se preguntaba si Saúl volvería para su sepelio, eso si es que Gustavo le avisaba, o más aún si es que su cuerpo llegaba a aparecer, a final de cuentas no sería la primera persona en desvanecerse de la faz de la tierra. No esperaba que Gustavo buscara venganza (después de todo nunca se molestó en hacerlo por su hermana) contra sus compañeros de trabajo, negocio era negocio, y sí su madre se había metido con alguien que no debía, un "intocable", él no tenía mucho que hacer en realidad, salvo morir absurdamente en busca de una venganza tal como su madre, cosa que Estela no deseaba. Una parte de ella tenía la vaga ilusión de que su fin podría esclarecer la mente de su muchacho, haciéndolo correr de aquel maldito lugar como lo hizo el menor de sus hijos. Incluso, ¿por qué no? Podrían ambos terminar viviendo juntos, no en la misma casa, pero si en el mismo lugar. Una idea reconfortante, pero tan poco probable como que ella saliera indemne de semejante injuria cometida contra un distinguido miembro de la poderosa familia Almo, quienes jamás dejaban pasar una ofensa, cuanto más cuando uno de los sobrinos del patriarca de la familia, su favorito según decían, había sido mutilado y golpeado hasta la muerte. El cabrón ni siquiera recordaba a su hija, detalle que la llevo a estallar en un alarido de rabia mientras se descarnaba los nudillos haciendo lo propio con la cara del asesino de su niña. Un colérico estallido del que se arrepintió al darse cuenta lo fácil y rápido que había resultado terminar con la vida aquel supuesto intocable.

Cuando menos ya está muerto, se dijo encendiendo un cigarro con sus ensangrentadas manos trepidantes que hicieron de una tarea sencilla toda una proeza, la segunda de la noche. En silencio contemplo a quien durante tanto tiempo se colará en sus sueños, cada calada del cigarrillo resultaba más exquisita que la anterior.

-esta hecho-dijo para sí, y para su pequeña luego de apagar el cigarro, que no era nada más que un filtro para ese momento. Aplastándolo sobre lo que suponía debía de ser el ojo del occiso. Solo para asegurarse de que en verdad estuviera muerto desde luego.

Pssss, sel sonido familiar de un trozo de carne carné asándose, y su agitada respiración sonaban en la habitación, acompañados de fondo por algunos falsos gemidos de placer provenientes de los cuartos vecinos. Como la vida en general, fingiendo siempre (o la mayoría del tiempo) para complacer a los demás, convenciéndose de que eso era algo inevitable e incluso esencial en la vida. La eterna mascara del día a día, una que Estela se había hartado de utilizar, o más bien ya no podía seguir haciéndolo. Demasiadas luchas, y aún más heridas, como para pretender ocultar sus

cicatrices detrás de un soez semblante que a nadie podía engañar.

Admiro el cuerpo sin vida del monstruo que le había arrebatado su hija, pensando por primera vez en la infortunada madre de aquella abominable criatura. Suponía que ya debía de saber en qué clase de persona (si es que se le podía llamar así) se había convertido su retoño, especialmente por la fama que había labrado. Sin embargo, así como Gustavo, por más atrocidades que cometiera, no dejaba de ser su hijo, y encontrar de semejante manera a su pequeño debía de ser un golpe brutal para cualquier madre. Incluso, aunque no lo llegará a ver, la gente sin lugar a dudas iba hablar, siempre lo hacían, y todos los mórbidos detalles terminarían por llegar a los oídos de la desdichada señora.

-bien- un par de lágrimas corrieron por las mejillas Estela contrastando con una placentera sonrisa. Eso era lo más cercano a la justicia que se podía aspirar, y para ella era más que perfecto.

Cualquiera que fuera su destino luego de haber fungido como juez y verdugo sería bienvenido, después de todo los ofendidos familiares del infeliz asesino y violador tenían su derecho (o ¿sería libertad) de ejercer su propia justicia. Claro que cualquier cosa que le llegarán a hacer resultaría ínfima comparada con el camino recorrido que la llevó hasta ahí. Incluso resultaba reconfortante haber firmado su sentencia de muerte, aunque era un contrato que todos firmaban al momento de nacer, tener la certeza absoluta su fin llegaría en poco tiempo le daba cierta calma que no recordaba haber experimentado desde sus días de infancia, cuando la muerte parecía algo distante, casi irreal. Un sueño difuso del que consternaba a los adultos, pero no a la pequeña Estela que estaba segura viviría más de mil años. Cuarenta y dos años no estaba nada mal, desde luego era mucho menos de lo que su versión pequeña esperaba, pero la mayoría de sus anhelos de esos días nunca llegaron a ser nada más que eso, así que por qué debía de ser diferente con el más inverosímil de ellos.

-debiste haberla llevado a casa-comunico al conocido como el macaco antes de abandonar la habitación tomando las llaves del carro donde su hija había subido para un último raite. El robo resultaba cosa de nada después de lo hecho al dueño del vehículo.

Un amargo y penante sin sabor invadió su boca al estar detrás del volante, viajó a toda velocidad hasta su estómago provocando un precipitado e incontenible vomito que se esparció por todo el tablero, así como el volante, incluso sus propias piernas y asiento terminaron con su buena dosis de la acuosa sustancia producto de una noche excesos que hasta ese momento parte de ella no había dejado de sentir como algo irreal. Demasiado sencillo había resultado todo como para no ponerlo en duda, incluso hubo un momento en que pensó que en realidad era ella en que se dirigía una trampa, que su plan de venganza terminaría por

engullirla antes de poderla realizar. Que de alguna manera el mocoso conocía su plan

-todo está bien ma-escuchó decir a Lorena. Una voz que en primera instancia no pudo reconocer, a pesar de no haberla dejado de oír cada día de los último cuatro años.

Probablemente es por el alcohol pudo cavilar mientras el orgulloso escuinle presumía sus hazañas y las de su familia, Estela asentía y sonreía, además de hacer algún que otro comentario de aprobación o estupor cuando parecían ser necesarios

Atraerlo nunca lo pensó como un verdadero problema, a final de cuentas era más que consciente que para sus años estaba mucho mejor que infinidad de muchachas a las que doblaba en edad. Además de que los jóvenes nunca rechazaban una noche con exuberante madura en busca del elixir de la juventud, esa idea volvía locos a la gran mayoría, Estela lo sabía de antemano gracias a todos los amigos de sus hijos que pasaron en el corre de los años, cuyas mórbidas la llegaban a hacer sentir tan incomoda como alagada. Desde luego nunca se metió con ningún amigo de sus hijos, aunque hubo algunos que lo intentaron, pero Estela se encargaba de ponerlos en su lugar, diciéndoles que se dejaran de pendejadas.

El ponte sonido del estéreo quebró la taciturna atmosfera en el pequeño garaje al momento de encender el coche, sobresaltada Estela se apresuró a bajar el volumen hasta el mínimo mientras que su corazón se aceleraba con una mayor intensidad a la que llegó a experimentar cuando liberaba al mundo de uno de sus malditos parásitos sin el que todos estarían mejor. Sus entrañas rugieron, torciéndose entre la bilis que sentía como reptaba hasta su garganta. Desesperada, apremiada por un sentimiento de ahogo, abrió la puerta del piloto, poniendo sus pies sobre el suelo, sin abandonar el asiento.

,-está hecho-dijo inhalando y exhalando con tanta parsimonia como le fue posible sin poder contener un anunciado segundo vomito que salpico sus pies descalzos .

No era una persona, se recordó, por lo menos no el sentido estricto de la palabra. Además, si las autoridades hubieran hecho su trabajo nada eso habría pasado. Una pésima defensa ante la ley, no podía negarlo, pero no por ello dejaba de ser la (sobre)dosis de justicia que la mayoría de la gente podría llegar a comprender. No obstante, también era consciente que no cualquiera lo haría, por más fuertes que fueran sus deseos de venganza, esa misma mayoría que compartía su sentir jamás traspasaría la barrera entre el pensar y el actuar. Eso es solo porque no saben lo que se siente, se dijo recuperando la calma e incluso sonriendo luego de cerrar

la puerta, y sentir el volante entre sus manos.

Dejo el coche del difunto estacionado afuera de su casa. Huir estaba lejos de ser una opción, cuando menos para ella, así que esconder el auto resultaba una completa pérdida de tiempo para ella. Quería morir en su casa, así que si la buscaban ahí la iban a encontrar, cuando menos ese punto quería ganarlo, ya que en el resto de voz u opinión alguna. ¿huir ¿a dónde? ¿con quién? su único hermano que murió veinte años atrás en una riña en la plaza del pueblo durante las fiestas patronales acuchillado más de media docena de veces en una bronca campal, cuyo origen nada tuvo que ver con él. En cuanto a sus padres, ambos vivían en el pueblo vecino, pero nada podían hacer en realidad por ayudar, lo único que conseguiría buscando su ayuda era mortificarlos aún más que cuando simplemente se enteraran de su trágico y espantoso final. En cuanto a Saúl, so hubiera tenido una dirección más precisa de donde se encontraba, tal vez habría optado por buscarlo, y pedirle ayuda, pero ni siquiera tenía su número de teléfono, mucho menos una dirección exacta en donde localizarlo. Podría aventurarse en su búsqueda, pero era como si un animal herido de muerte tratara de huir de una manada de lobos. Ella no estaba lastimada desde luego, pero de que la alcanzarían antes de ponerse a salvo no cabía la menor duda, si es que existía un lugar donde pudiese resguardarse, pues a veces parecía que el alcance de aquella gente no conocía el límite. No podías huir por siempre de su destino, menos aun arriesgando la vida de sus hijos, porque no solo Saúl terminaría pagando por sus decisiones si escapaba, Gustavo como amigo (más bien empleado) de esos infelices pagaría primero por la ofensa de su madre. Eso no, Estela pensaba morir en su pueblo, salvando de un destino similar al suyo, al único hijo que permanecía a su lado, incluso en su propia cama si era posible. Por qué no, pensó somnolienta, pero absurdamente optimista, acomodase en el lecho que tantas veces llegó a compartir con sus pequeños durante sus años de infancia.

Soñó con su familia, no con la resquebrajada y mutilada del presente, sino la de días mejores, específicamente con un recuerdo, que, si bien el mundo onírico se encargó de adornar, resultaba ser uno de los momentos más bellos y sencillos de su vida.

Lorena había terminado de cruzar el sexto grado, y sus dos pequeños eran los mejores amigos del mundo Un sábado en familia en el que incluso sus padres participaron, aunque técnicamente a medias, pues como se encontraban en un balneario, mientras ella, y sus hijos luchaban con las turbias aguas de la alberca de olas, los abuelos se limitaban a mirar a la distancia mientras disputaban una partida de damas chinas, saboreando unas cervezas. Una estruendosa sirena anunciaba el comienzo de cada ciclo vibratorio, el cual se repetía aproximadamente cada veinte minutos con una duración no mayor a los cinco. Eso sí, desde el instante en que se anunciaba la siguiente sacudida la emoción de la gente se hacía palpable en los rostros, y eufóricos gritos de la multitud que incluso se apresuraba

ansiosa de las piscinas que se encontraban al redor de la atracción principal del parque acuático Rancho Esperanza. Un gentío invadía la alberca durante el oleaje, razón por la cual en un principio Estela se había negado a que el pequeño Saúl que estaba por cumplir los siete años entrara con ellos, incluso Gustavo con diez no terminaba de convencerla, demasiadas personas, además el agua llegaba alebrestarse demasiado en los instantes finales.

-yo lo cuido ma-dijo gustavo posando su bazo sobre los hombros del pequeño Saúl

-y yo a él-aseguró orgulloso Saúl rodeando a su hermano mayor por el vientre

Una espontánea y sincera algarabía siguió al comentario del miembro más joven de su familia, quien desconcertado miraba a todos reír tratando de descifrar ¿cuál había sido el chiste? Estela fue quien más se regocijó con ese momento, no tanto por el ingenuo comentario de su hijo, el cual hizo completamente serio y seguro, sino por el hecho de que todos parecían genuinamente felices, aunque fuera sola una carcajada, deseaba se prolongara por el resto de sus vidas, si es que existía esa remota probabilidad.

Estela terminó dando su brazo a torcer luego de que eterna risa se apaciguara tras unos segundos, estaba lejos de adorar la idea, pero también se dijo que debía de dejar de comportarse como mamá gallina, tampoco era para tanto, con un simple salvavida se encontraría bien. Además, para apaciguar completamente sus inquietudes había decidido que era mejor entrar con ellos

Como cualquier persona en el mundo de los sueños, Estela demoró en percatarse de que aquello en realidad solo era un invento de su cabeza, no todo desde luego, pero cuando al mirar la alberca se encontró con una infinidad de criaturas marinas que nadaban bajo la superficie de unas aguas que parecían no tener fondo, la realidad o en este caso la irrealidad se hizo presente. Pulpos, tiburones, peces globo y espada, incluso pequeñas orcas, desproporcionales caballos de mar que de tanto en tanto asomaban sus erguidas cabezas soltando un mocosito y amigable relincho sacudiendo las testas orgullosos e imponentes.

-¡que bonito!-exclamó Lorena señalando a uno de los caballos que impulsado por su cola dio un largo salto por los aires dando voltereta en su regreso al agua

El resto de las personas parecieron por fin maravillarse con algo de por sí ya resultaba extraordinario para Estela, vitoreando la peripecia del audaz animal en tanto que la sirena anunciaba el comienzo siguiente de la

tempestad artificial.

El clamor general recibió el anuncio mientras las aguas comenzaban su apacible movimiento que pronto se convertiría en un verdadero caos. Todos se regocijaban en el ascendente caos controlado, excepto los animales en las profundidades, lo cuales permanecían impávidos, completamente ajenos a la fiesta que se desarrollaba en la superficie. Las risas y gritos de sus hijos crecían también con cada oleaje, Saúl era sin dudas quien disfrutaba más de todo aquello, aunque Gustavo y Lorena parecían no quedarse demasiado atrás de su hermano menor al que finalmente se encargaron de cuidar ambos cuando el artificioso temporal alcanzó su punto máximo, dándole un dominio completo a la fantástica irracionalidad del mundo de los sueños. Las criaturas marinas notaron por fin el intenso mecer de las aguas, pero al igual que las personas lucían más satisfechos que alarmados con lo acontecido. Los caballos volvieron a la superficie surfeando las descomunales olas que siempre arrastraba a más de alguna persona entre sus remolinos volviendo en cada ocasión intactos, y completamente eufóricos, deseosos de más. Estela miró a sus niños ser tragados por una de esas bondadosas olas gigantes yendo al instante tras ellos, aunque realmente sin saber si lo hacía a causa de una genuina preocupación o una imperiosa necesidad de sumergirse en las bravas aguas de las que todos manaban hondamente extasiados.

Era como deslizarse por un tobogán acuático y flotar sobre una nube a la vez. Un sinfín de vueltas apacibles que le recordaron cuando era pequeña, y su padre la tomaba de las manos haciéndola girar hasta que ambos se dejaban caer al suelo mareados, con unas amplias sonrisas en sus caras, y la ahoga y pesada respiración de papá cortesía de toda una vida de bebedor y fumador que nunca abandonaría. Estela sintió lo que estaba segura debía de ser la cola de un caballo de mar rozar una de sus piernas antes de ver como aparecía otro (o tal vez el mismo) caballito de mar frente ella, luchando contra la corriente que la arrastraba junto a docenas de personas más, el orgulloso animal la miraba, o más bien la admiraba atentamente con sus ojos uniformemente negros que mostraban una inocencia y emoción similar a la de un bebé descubriendo el mundo. El animal sacudió con vigor su cabeza golpeando a Estela sobre la frente con su corona cuyo tamaño igualaba la medida entera de un caballito de mar convencional. El golpe aunque suave debía de ser bastante fuerte ya que al contacto Estela sintió como era impulsada hacia atrás, yendo a toda velocidad contra la corriente hasta salir expulsada por un precipitado chorro de agua que ascendía hasta alcanzar las etéreas nubes que Estela atravesó como lo había hecho miles de veces con las neblinas matutinas que ocultaban al mundo detrás de una delgada pero infalible cortina blanquecina, la cual desde sus más remotos recuerdos se sentía como un gélido manto incrustaba hasta los huesos al momento de atravesarla. Las nubes que atravesaba en la remembranza onírica estaban lejos de provocar aquella frialdad, pasar tras ellas era una sensación completamente cálida, casi tan abrigador como aquellas semanas que

siguieron al abandono de su esposo en la que dormía con sus hijos para no sentirse tan sola, sentimiento que sus tres hijos compartirían, aunque nunca llegarían a decírselo.

-estamos mami-escuchó gritar regocijante a Saúl quien junto con sus hermanos impulsados por el mismo geiser que se encontraba varios metros sobre ella.

-ten cuidado-dijo a su hijo sintiéndose bastante tonta al recordar que no se trataba más que de un sueño

-yo lo cuido-respondió despreocupado y con una amplia sonrisa Gustavo mientras que Lorena brincaba, y daba vueltas por el géiser, que a diferencia del resto cuyos tamaños no se había alterado desde que alcanzaron las nubes, a cada segundo se ensanchaba, así como con un lento, pero imparable ascenso.

Alcanzaran las estrellas pensaba Estela sin dejar de ver a sus hijos de sueño escabullirse sobre el mundo hasta solo ser un punto difuso que fácilmente podría pasar por algún globo de helio que un niño había perdido. El resto de la gente miraba asombrada a sus pequeños perderse en el anaranjado firmamento.

¿hasta dónde llegarán? ¿por qué no dejaban de subir?, van a llegar hasta la luna, ¿y nosotros qué? ¿por qué no subimos?, estos y más comentarios pudo escuchar Estela antes de que el glorioso géiser que debía de llegar a la luna se evapora en un cumulo gris por el que sus hijos emprendieron un desenfrenado descenso que escasamente logro vislumbrar, solo escuchó los impactos, en el momento en que su improvisado ascensor comenzaba a desaparecer.

PUM! el sonido resultaba bastante apabullante comparada con la sensación de volver al agua, incluso ni siquiera llego a hundirse, como si en lugar de aterrizar dentro de una alberca hubieran chocado en una infinidad de plumas y algodón, que habría reconfortado a cualquiera de no ser por la grisácea bruma que cubría todo el lugar dejando a la vista únicamente la siluetas de las personas a menor distancia. Trató de llamar a sus hijos, pero no era la única en busca de alguien; nombres, mami y papi se escuchaban alrededor, contrariados ante el brusco cambio de la reconfortante escena que parecía nunca iba terminar. Estela nadó en búsqueda del trío de pequeñas siluetas al darse cuenta de que llamarlos resultaría inútil, idea que parecían compartir todos dentro de la brumosa alberca pues las estáticas sombras comenzaron a moverse en todas direcciones sin dejar de llamar a sus desaparecidos. Varios gritos de reencuentro llegaron a los oídos de Estela, haciéndola enfurecer y angustiarse al no recibir señal alguna de sus niños, que habían dejado de

ser sus hijos de sueño, así como el resto de la situación.

-Lorena-exclamo sin obtener respuesta de su primogénita o ninguno de sus pequeños-Gustavo-insistió ahora que parecía ser la única en búsqueda de alguien-Saúl-trató con su bebe quien siempre había sido el más obediente de los tres.

La gente entera dentro del agua guardo silencio al percatarse de que todavía alguien que no encontraba a sus hijos. Varios mormullos señalaron o más bien supusieron que los perdidos debían de ser los que habían ascendido hacía el infinito, incluso algunos se atrevieron a cuchichear que ni siquiera estaban seguros de realmente haberlos visto caer. Estela no les dio importancia, a final de cuentas no tenía idea de quien lo había dicho, y lo único que le interesaba era encontrar a sus hijos que seguían sin responder a su llamado. Las personas a su alrededor comenzaron a imitarla, repitiendo los nombres de los ahora por todos buscados niños desaparecidos, muchos decían a su hijos que dejarán de jugar y contestarán de una vez, algunos con un tono bastante afable, mientras que otros tantos les resultaba imposible ocultar su molestia producto probable de una experiencia similar en la que los niños de estos terminaron por hacerles una jugarreta, cosa que le parecía poco probable a Estela que estuvieran haciendo sus pequeños, aunque en verdad deseaba que así fuera. Pip!!! La alarma que anunciaba se impuso preponderante, acallando y dejando estático a todo mundo que estaba más que sorprendido ante el pronto retorno de la tempestad artificial

-Niños-exclamo Estela tratando de sonar amenazante, furiosa si es que era posible, pero su voz se quebró, además de ser por completo opacada por un potente trueno que de igual manera silencio el escándalo de la sirena.

Un par de estruendos más siguieron al primero resonando con mayor potencia, y siendo acompañados por unas breves e intensas sacudidas que desataron el pánico entre las personas. El interés por los hijos de Estela se disipo por completo, todos abandonaron despavoridos la mayor atracción de Rancho Esperanza dejando a la desconsolada madre a su suerte, en tanto que continuaba buscando a sus extraviados niños. Estela vio como los negros contornos se precipitaban abandonar la piscina, buscando entre ellos uno que pudiera reconocer, unos pocos pasaron lo suficientemente cerca como para poder vislumbrarlos con claridad, un par le dedico una rápida mirada de compasión antes de volver a perderse en la niebla. Las aguas comenzaron a agitarse con mayor brío a la par que los truenos resonaban incesantes seguidos por deslumbrantes relámpagos que parecían provenir del aguan en lugar de caer a esta. Estela creía escuchar a la gente llamarla desde afuera, pero ella solo tenía oídos para captar, por muy leve que fuera, el llamado de sus niños. Luchaba contra las tempestuosas aguas que trataban de llevarla al lado contrario del que buscaba llegar, eran un rival implacable al que no podía hacer realmente

frente, siempre había un pequeño cambio de curso en su ruta por las aguas que parecían haber expandido un millar de veces de su tamaño inicial. A donde quiera que fuera, o se dejase llevar, no encontraba señales de algún borde o fin. Solo gris y azul que se combinaban a causa de la estrepitosa marea, y un imprudente vendaval que cada instante aumentaban su bravura como si intentasen demostrar quién de ellos podía desatar la mayor tempestad. El agua tenía un sabor extremadamente dulce, casi empalagoso, Estela tuvo la oportunidad de comprobarlo al saborearla en cada gigantesca ola que la arrastraba a ningún lugar. Nada podía distinguir, perdida en medio de esa tormenta artificial que la engullía más y más, hasta su núcleo mientras llamaba sus hijos consiguiendo solamente otra probada en cada intento del deleitable líquido que amenazaba con ahogarla. Era una sensación asfixiante, pero sobre todo atrayente, una vez que te acostumbrabas no estaba tan mal dejarte llevar por aquellas aguas, después de todo tal vez terminarían por llevarla algún sitio, incluso hasta con sus muchachos, a los cuales no pensaba dejar de buscar hasta encontrarlos, o hasta que las aguas finalmente se la tragaran para nunca devolverla.

-ma-la palabra fue un susurro en su oreja, tan apacible y cercana como si en lugar de escucharla bajo semejante borrasca se encontrase en alguno de aquellos primeros Domingos tras la separación en que sus niños se levantaban temprano para hacerle el almuerzo que llevaban hasta su casa.

Gustavo, traro de llamar al hijo que estaba segura la había llamado, sin embargo, las aguas estaban decididas a ahogar sus palabras. La bravía marea la trago jalándola hasta sus opacas profundidades en la que Estela pudo vislumbra las sombras de las olvidas criaturas marinas que nadaban de un lado a otro intentando escapar del temporal. No parecían asustados, pues a pesar de sus carreras mantenían cierto orden, o tranquilidad que les permitía circular libremente, sin conglomeraciones, ni empujones para tratar de escapar primero. Fue en una de esas bestias en las que pudo distinguir una solitaria silueta de la tercia que esperaba encontrar, acercarse andando contra la corriente

-ma-escuchó de nueva cuenta sin estar segura de en verdad haberlo oído, así como tampoco estaba muy convencida de que lo que miraba aproximarse en verdad era algo real. A final de cuentas sentía como el aire se escapaba por completo de ella, así que le parecía más que posible que la razón también hubiera decidido decir adiós-ma-llego a sus oídos por tercera vez cuando la figura al fin apareció imponente y clara frente a sus ojos.

No se trataba Gustavo, mucho menos Lorena o Saúl. Frente a Estela un joven de unos 20 años se alzaba montando en lo que, para desconcierto, y prueba total de que había perdido la cabeza, resultaba ser un toro de un uniforme negro, salvo sus blanquecinos cuernos teñidos de un tinto que

escurrían hasta la cabeza del animal. El jinete llevaba el pelo prácticamente al ras, acompañado por un bigote finamente recortado que contrastaba con la desaliñada barba, que si bien no llegaba ser abundante si lo suficiente como para guardar migajas, y demás restos de comida en ella. Sus ojos, que la miraban fijamente reflejaban una verdadera angustia, aunque también había en ellos una carencia de una verdadera conexión emocional, era como si el jinete supiera que debía de estar preocupado, y solo por eso lo hacía, sin tener en verdad la mínima idea de porque debía de estarlo. Pensar que Estela compartía, a final de cuentas ¿quién chingados era ese pelón escuálido que nadaba sobre un toro?

-no los encuentro ma-bramo el jinete con la voz de su pequeño Gustavo

Estela miro aquel extraño sin entender de que le estaba hablando, ni porque se atrevía a llamarla ma. Sus hijos... mis hijos, el recuerdo de sus niños perdidos angustio a Estela al imaginarlos igual que ella arrastrados por aquellas aguas que amenazaban con ahogarla, pero nunca lo hacían, solo innumerables e incesantes revolcadas que ahogaban y cortaban su respiración, permitiéndole recuperar el aliento en el momento en que el mundo a su alrededor comenzaba a desaparecer.

-tenemos que irnos ma-pidió el jinete tendiendo su mano

No puede ser uno de mis hijos se repetía Estela sin dejar de mirar al extraño, que comenzaba a resultarte un tanto familiar.

-ma!!!-esta vez fue un grito desesperado lo que llego a sus oídos, colmado de una sincera preocupación que torno el maltrecho rostro del jinete desconocido en la dulce cara de su pequeño Gustavo

Agua y viento embistieron con una intensidad superior a todas la anteriores, incluso el toro que había nado desafiante y orgulloso contra la corriente termino por ser desperdigado junto con un angustiado Gustavo que hizo último esfuerzo por subir a su madre en el animal estirando sus brazos en busca de las manos del único miembro de su familia que permanecía con él. Estela también hizo un intento por tomar la mano de su hijo, más por un acto de reflejo que por estar segura que realmente se trataba de Gustavo, bien podía haberlo imaginado, pero al verse engullida por la madre de todas las olas no parecía realmente importante si el hombre frente a ella en verdad era su pequeño. Arrastrada hasta las profundas tinieblas en las que ya no pudo ver nada salvo completa oscuridad, Estela degusto las amargas aguas recónditas, cuyo sabor era la antítesis comparada con el de la superficie. Una pálida luz se asomaba a la distancia, un punto que aparentemente se acercaba y engrandecía a la vez mientras que Estela perdía la lucha contra el acre líquido que henchía sus pulmones. Imágenes de otra vida llegaban a su cabeza, un pequeño Saúl que resultaba ser la viva imagen de su padre, aunque en cuanto actitud todo lo contrario, lo opuesto a Gustavo (el jinete) que actuaba más

parecido a papá de lo que se habría permitido aceptar, también aparecía una hermosa hija (incluso más que ella) que a diferencia de su madre le aguardaba un brillante futuro. Porvenir que no resultaría ser nada más que una promesa rota, truncada por la mano del azar que los más religiosos preferían referirse como un acto divino de dios, el cual tenía una razón de ser, Y por supuesto que lo tenía, el motivo de lo ocurrido con Lorena era que siempre habían permitido a aquel tipo de personas sentirse intocables, inmunes a cualquier tipo justicia o consecuencia por sus actos, eran los dueños del mundo, o por lo menos eso era lo que les habían hecho creer los millares de oprimidos que incluso llegaban a glorificar sus vilezas antes de denunciarlas, aunque para ser justos la mayoría de los reclamos terminaban en la nada sino es que en una tragedia de mayores proporciones, igual a la que le aguardaba.

-despierta ma-escuchó decir al jinete Gustavo en una bitonalidad que mezclaba la voz del niño y la del asesino en que se convertiría su hijo.

La luz refulgió cegando a la seminconsciente Estela.

-tenemos que irnos-escuchó la somnolienta mujer que al abrir sus ojos se encontró con un extraño que por un instante solo reconoció como el jinete del toro-¿qué chingados hiciste jefa?-le recrimino con una evidente preocupación e increíblemente con una ligera sonrisa la cual denotaba cierta complicidad. Expresión que ella solía utilizar en los días de infancia de sus pequeños cuando estos cometían alguna fechoría menor.

-Gustavo-sus palabras al igual que el resto del mundo no terminaban de parecerle reales. El mundo real había quedado atrás, donde se encontraba sumergida en las tinieblas de unas bravías aguas-Gus-llamó de nuevo a su hijo quien la observaba desde arriba con la mano derecha sobre su hombro.

Todo recuerdo del sueño fue aplastado por el cumulo de imágenes, y remembranzas que siguieron al reconocimiento de su hijo, el jinete. Estela rompió en llanto, sentía que reviv todo otra vez, como si hubiera despertado de un largo coma con toda esa pila de mierda esperando para ser vertida de un solo golpe, y sin concisiones. Gustavo la rodeo con sus brazos alzándola de la cama hasta quedar sentada al igual que él que se posó a su lado. No dijo nada, las palabras nunca habían sido el fuerte de su hijo. Nunca le había importado con la calidez y apoyo de su familia resultaba más que suficiente, especialmente en aquellos momentos en que las palabras resultaban un aditamento del que uno podía prescindir.

-tenemos que irnos-hablo Gustavo tras los que bien pudieron ser unos segundos u horas, Estela solo tenía conciencia para concentrarla en la reconfortante sensación del abrazo con el que la cubría el asesino a

sangre fría que era su hijo-jefa

Gustavo rompió el abrazo tomándola de los hombros

-¿qué chingados estaba pensando?-repitió, esta vez sin una mínima muestra de complicidad.

-Lorena-sólo eso consiguió articular Estela antes de volver a perderse en sus lamentos.

Esta vez Gustavo no la abrazo, simplemente le dio un leve empujón, y un discreto apretón de hombros tratando de llamar su atención.

-está muerta-expreso como cosa nada el jinete Gustavo-y si no se mueve usted también. Los dos.

-tu no hiciste nada-Estela seguía sin sentirse conectada de todo con ese mundo, o por lo menos con respecto a lo que se refería a el ahora. Era como si estuviera viendo una obra de teatro a través de un telón cerrado transparenté, una espectadora de algún espectáculo que se suponía debía de ser privado, un ensayo de la realidad que a la vez resultaba debut y despedida.

-como tampoco le van a hacer nada usted-los años habían convertido a su hijo en una especie de leyenda en San Jacinto, y pueblos vecinos. Desde luego, no era una reputación de la que una madre podría llegar a sentirse orgullosa, o por lo menos no ella.

Estela siempre abrigó la absurda y maternal esperanza de que todo fuera ya no digamos una mentira (tampoco es que fuera completamente ciega) sino una exageración de las travesías de gustavo. Al ver la mirada y el semblante de su hijo en ese momento, estuvo segura de que todo el chismorreo local debía ser cierto

-tenemos que irnos ya-le apuro volviendo a ponerse de pie, y tirando de su mano para ponerla de pie tal como Estela solía hacer cuando Gustavo se negaba levantarse para asistir a la escuela-jefa-dijo con suavidad-no podemos quedarnos aquí.

-tu puedes-ahora fue Estela se acercó y acaricio el rostro del único hijo que permanecía a su lado-diles que no sabias nada. Es la verdad...

-eso no les va importar una chingada-Gusta se deshizo de sus caricias con un agresivo movimiento volviéndola a tomar de los hombros-no tiene ni pinche idea en lo que nos metió verdad ¿en serio cree que si les digo que no tuve nada que ver me van a dejar en paz?

-podrías entregarme-por un segundo, el más largo y amargo de su vida, Estela miro reflejada la duda en el rostro de su hijo. Un breve instante en el que pudo mirar a su pequeño, como el resto del mundo lo veía.

-nunca vuelva a decir eso-hablo Gustavo envolviéndola en un fuerte y breve abrazo-¿esa es la clase de persona que cree que soy? ¿cree que entregaría a mi propia jefa a esos hijos de la chingada?

Eres uno de ellos, fue lo primero que pensó en decir Estela, una verdad tan irrefutable como que su hijo nunca la entregaría, aunque eso no quería decir que no le haya pasado por la mente. Sin embargo, fue un reclamo mucho más antiguo e igual de cierto el que brotó de su boca. El elefante en la habitación que había mantenido olvidado en un rincón durante años.

-tus amigos-dijo más para sí que para Gustavo, ni siquiera lo miraba a los ojos-son tus amigos-alzo la voz al igual que su cara, era la última oportunidad de encarar a su muchacho-violaron y mataron a tu hermana, y llevas años juntándote con ellos, andando de parranda, y hacer dios sabrá cuántas chingaderas. ¿Cómo es posible que te pases tus días con los que le hicieron a tu hermana semejante salvajada? ¿es que no tienes corazón? ¿no te importa tu familia?

Gustavo, y el infame asesino en el que se convirtió peleaban por dominar a su hijo. Estela podía mirar como la furia y la tristeza, la rabia y frustración debatían por imponerse. Gustavo comenzó andar de un lado a otro por la habitación susurrando palabras inentendibles mientras cerraba y abría sus palmas dando algún golpe ocasional a su cabeza.

-¿cree que lo disfrutaba? ¿Qué de verdad me gustaba estar con ese hijo de su chingada madre que le hizo eso a mí carnalita? Me pase días enteros a su lado con la mano en el gatillo. pensando en que si lo sabía hacer podía cargarme a dos de esos hijos de su puta madre. Pero eso solo habría traído problemas a usted y Saúl, ellos siempre se las cobran, ¿o no recuerda a su comadre?

Claro que la recordaba, a ella, y a toda su familia o le que quedaba de esta, pero eso no importaba en ese momento, ahora era su familia de la que estaban hablando.

-¿y por eso te uniste a ellos? ¿por qué los despreciabas, y querías estar lejos de estos animales a los que tanto dices odiar?

-¿Qué más podía hacer? Era esto o un puto trabajo de mierda con el que ni siquiera nos hubiera alcanzado para tragar ¿o no recuerda que tan jodidos estábamos antes de que yo pudiera aportar? Dinero que nunca la vi rechazar, por cierto, así que no trate de hacerme quedar como el puto malo de la familia, usted sabía de dónde venía el dinero, igual que Saúl y

ninguno se quejó de mi dinero, incluso me llegaban a pedir. Cosa que vale verga, somos familia a final de cuentas, pero no me vengan ahora de santurrones, y con una falsa moralidad, porque eso es lo que es. Todos disfrutamos de los beneficios de formar parte de los asesinos de Lorena, solo yo tuve que aguantar infinidad de tiempo al lado de esas malditas bestias mientras que tú y mi carnal vivían disfrutando únicamente el lado dulce de las cosas.

-¿el lado Dulce?-Estela no podía creer lo que escuchaba, lo entendía hasta cierto punto, el viejo cuento de todo lo que hizo fue el bien de su familia. Una de las mentiras más comunes bajo la que a la gente le encantaba escudarse-¿en verdad piensas eso mijo? ¿en serio crees que era fácil pasar las noches en vela sin saber si te volvería a ver? ¿Qué cuando escuchaba alguna balacera o se oían noticias de un nuevo embolsado mi corazón no se aceleraba y mi mente comenzaba a imaginar lo peor? - Estela guardo silencio durante un momento, pensado en lo que pensaba decir-La vez que no supe de ti por casi un mes-la voz de Estela se apago

-deseabas que ya no volviera

Al escuchar decirlo a su hijo sonó mucho más horrible de lo que en realidad era. Sin embargo, Gustavo jamás podría entenderla por más explicaciones que le llegase a ofrecer. Gus era igual a su padre, intransigente, cerrado, y un rencoroso de lo peor que no admitía términos medios, estabas con él o en su contra, no se tragaba eso a lo que su progenitor se refería como respuestas tibias.

-Gustavo,...-un quejido más que una verdadera palabra se escuchó por parte de Estela que aunque sabía que era inútil cualquier intento, tenía que hacerlo-hijo-se acercó andando como si caminara sobre una delgada capa de hielo que en cualquier momento se resquebrajaría-yo-Gustavo rechazo la caricia que pretendía darle con un brusco movimiento que la hizo retroceder unos pasos, aunque se debió más al susto que una verdadera agresión en sí.

-vámonos ya-dijo dándole la espalda, abandonado el sin darle la oportunidad de refutar o pensar mejor lo que quería decirle

Estela paseo la mirada por el pequeño cuarto en el cual compartió infinidad de momentos con sus pequeños, sintiendo una avalancha más grande que cualquier que pudiera aparecer en sus sueños inundar su corazón, rompiendo en un intenso, y silencioso llanto que ardía en su rostro y entrañas.

-no vuelvas mijo-dijo a la habitación vacía pensando en el más pequeño de su familia que había tenido la fortuna de escapar (por lo menos hasta donde ella sabía) de un destino tan fatal como el que esperaba por ella y

Gustavo.

Puede que escapemos proclamo la absurda voz de la esperanza que hablaba enteramente preocupaba por la suerte de su muchacho.

Al salir a la sala, y encontrarse con la puerta de la entrada abierta de par en par, Estela supuso, con una incoherente alegría, que el único de sus hijos que permanecía a su lado finalmente la había abandonado. Un reconfortante alivio la cubrió ante tan desoladora idea que se vio aplastada al escuchar un sonoro pitido que exigía su presencia. El sol estaba casi en su cénit pudo notar al acercarse a la puerta sin evitar pensar que resultaba bastante extraño que la calle afuera se mantuviera tan silenciosa como si en lugar de estar cerca del medio día de un Domingo fueran las tres de la mañana de algún día entre semana. Solo el pitido insistente de su hijo, y una música de fondo que glorificaba la vida de la que intentaban dejar atrás daban muestras de algún movimiento en el exterior. La resaca seguía haciendo estragos en sus sentidos cosa que empeoro cuando al salir el sol centello directo en su cara cegándola parcialmente. Pup!!! alcanzó escuchar antes de que el blanco cegador se convirtiera de nueva cuenta en una completa oscuridad de la que no emergería ningún sueño.

El golpeteo incesante de la camioneta andando por el empedrado volvió en si a Estela que escuchó a sus captores mofarse, aunque no estaba segura si era de ella o de alguna tontería que no alcanzo escuchar. Llevaba su boca cubierta con cinta, así como sus pies y manos atados con el mismo material. Su cabeza retumba como si se encontrara dentro de una campana que sonaba incesante con el badajo golpeándola entre cada dong. Aturdida busco entre los risueños a su muchacho, no estaba desde luego, un amargo trago que se intensifico al girarse y mirar a su izquierda el maltrecho rostro de su hijo que yacía inconsciente, pero con vida se pudo dar cuenta al escuchar la entrecortada respiración. Varias amenazas de lo que le aguardaba llegaron a oídos de Estela cuando sus captores se dieron cuenta de que estaba de regreso, Estela las escucho como si se trataran del noticiero matutino que oía cuando preparaba el desayuno a sus niños que llevarían a la escuela, lejanas palabrerías cuyo significado resultaba horripilante pero su relevancia en lo que a Estela respectaba era nula. Lo peor había pasado se dijo, ahora solo faltaba el siempre tortuoso y anhelado final. Además si tenía suerte, terminaría junto con uno de sus hijos en alguna fosa clandestina.